

del tango argentino» me vean aquí olfateando por dónde puede venir un duro?

¡Y tanto! Y es que muchos de estos artistas españoles que por el extranjero ponían en ridículo á nuestra patria, aquí no pasan ni con regalo encima.

Así se ven las Contadurías de los teatros llenas de solicitantes.

—¿Usted ha oído hablar de Viena?

—Hombre, sí; dónde hacen un pan muy bueno.

—Bueno; ¡pues allí he causado yo un alboroto!

—¡Caray! ¿Será usted el estudiante que en Sarajevo mató al archiduque? ¿Porque aquello sí que causó alboroto!

—¡Quite usted de ahí! Yo salía al escenario; me entregaban unas bolas de madera y empezaba á tragármelas.

—¡Ah, pues aquí no ofrece su número de usted nada nuevo! ¡Si le parece á usted que nos tragamos pocas bolas todos los españoles desde que comenzó la guerra!

¡Triste porvenir el que se presenta para la mayoría de estos repatriados forzosos!

Verse como se veían, halagados, mimados y hablando lenguas extrañas, y ahora presos de la mayor desesperación en el fondo de tristes casas de huéspedes y con una patrona que no entiende de conflictos internacionales.

—Oiga usted, Frasquito, con esta son dos semanas que no me paga.

—¡Señora! ¿No ve usted que se ha declarado el moratorium? Tengo todo mi dinero en rublos.

—A mí no me hable en latín. Si su dinero es rublo ó moreno me da igual porque no le veo y se salta cada plato de alubias que no parece sino que se lleva trampolín al comedor...

¿Cómo no comprendió el Kaiser esto? ¿Cómo los diplomáticos no impidieron la guerra para que no llegasen estos casos!

Es triste oír este caso de repatriados. ¡Ser célebre en Budapest, y ahora verse maltratado por una pupilera!... ¡Maldita guerra!

A. R. BONNAT

APERTURA DE CURSO

Hace bien en vestir sus galas la Universidad, para recibir á la juventud del día de apertura: debe ser y es sin duda, la madre cariñosa, que anhela llevar á la vida del espíritu, única que puede immortalizar al hombre.

Hace bien el Estado en dar toda la esplendidez posible á esta fiesta que reviste solemnidades grandes y evoca recuerdos elevados.

El caso no es nuevo: significa una tradición respetable por las centurias de años que cuenta.

Todos los pueblos han comprendido que el homenaje rendido á la instrucción pública, les enaltece.

Atenas la sabia, celebraba anualmente las fiestas llamadas de las «Panatheneas» y en medio de un entusiasmo delirante, Herodoto, á quien se tiene por el historiador más verídico y más sincero de aquellos tiempos, leía sus obras inmortales, derramando sobre el pueblo que atento le escuchaba, las grandes enseñanzas que á tan alto lugar le elevaron entre aquel pueblo de ingenios.

La *Iliada* y *La Odisea* de Homero, también se oían en estas fiestas, cuyo gratisimo recuerdo sigue viviendo con nosotros.

Atenas celebraba de este modo las fiestas consagradas á Minerva, presentando ante el pueblo todo, las obras de sus hijos más preclaros.

Como todos sabemos, de este pueblo escogido arrancan las civilizaciones.

De aquel surco profundo, abierto por Grecia, brotó inagotable la sabiduría, y los nombres de Sócrates y Platón han cruzado el mundo sin que sus nombres excelsos hayan sido olvidados por nadie.

Aristides, Sócrates, Homero, Horacio... todos habéis alcanzado la inmortalidad y para contraernos á los límites que permite un artículo, recordemos los nombres de Felipe, Augusto y Roberto de Conisón y vengamos á nuestra patria el año 1200 en que se fundó la Universidad de Sala-

manca, recorriendo después, con la velocidad de nuestra imaginación, la larga historia de estos centros docentes, que, con sagrado respeto, saludamos el día 1.º Octubre de cada año.

Pero ¿responde nuestra Universidad á la ley que impone la vida de progreso? Esta es la pregunta que ya en otra ocasión hemos hecho en estas columnas.

Recojamos los distintos discursos pronunciados en la apertura de este año, como en el de anteriores, y meditemos si nuestras universidades responden á estos tiempos de labor revolucionaria; veamos si el círculo de la Universidad se desenvuelve y aumenta como la propia naturaleza del hombre.

Hermoso espectáculo presenciamos todos los años, viendo engalados nuestros más elevados centros docentes.

Pintoresca es la concurrencia de togas y birretes, que, con sus vivos y refulgentes colores, atavían á los que pueden entrar por propio derecho en el recinto que escuchó y tuvo en su seno hombres prestigiosos. El espectáculo es solemne, majestuoso y el discurso resulta casi siempre un alarde de ciencia y cultura...

Pero ¿basta con esto?...

Tentados estamos á dar rienda suelta á nuestra pluma y apuntar defectos ó inutilidades de los aparatos de relumbrón mientras allá en el recóndito hogar del aula no se hace labor fructífera, no por diferencias personales, sino por errores en la organización de conjunto..., pero hállanse en proyecto orientaciones y reformas que nos impiden ejercer, en esta hora, de inoportunos censores... Simbolice, pues, nuestra interrogación anterior un compás de espera que no puede ser muy largo...

BARRENILLO

LA CONFERENCIA DE LA PAZ

Como la guerra es odiosa y ha sido siempre la causa de la ruina de los pueblos que á una pelea se lanzan, para combatir la guerra, que es una costumbre bárbara, según afirman personas que se precian de sensatas, se constituyó una Liga con la intención noble y sana de lograr que para siempre de una vez se desterrara esa maldita costumbre de dirimir por las armas todas aquellas cuestiones que su intervención reclaman.

Pues bien; sucedió que en una reunión de propaganda, á la que asistían muchos personajes de importancia, adheridos á la idea por serles ésta simpática, dijo un *liguero*:—Señores, hago uso de la palabra en este instante solemne y ante esta asamblea magna, para pedir que cuanto antes, sin demora, sin tardanza, por una ley ecuménica que se cumpla á rajatabla, se ponga el debido freno á las contiendas armadas:

Hay que combatir la guerra hay que perseguir sin tasa ni medida esa costumbre, que ha degenerado en clásica de solucionar á tiros, en espantables batallas, cualquier asunto, sabiendo desde nuestra edad temprana que la Iglesia la condona y la moral la rechaza.

¿Quién autoriza la guerra? ¿Qué ley divina ni humana la autoriza? ¿Quién se atreve á sostener que no falta

á los preceptos divinos pueblo que con ó sin causa reta á otro pueblo á la guerra y los dos se despedazan?

¿Por qué han de estar en pelea Francia, Rusia y Alemania?

¿Que un pueblo ofende á otro pueblo?

Pues nada de armar jarana, ni movilizar ejércitos, ni de preparar escuadras.

Lo mejor en tales casos, cumpliendo lo que Dios manda, es olvidar lo ocurrido, perdonar la ofensa ¡y tablas!

—¡Muy bien!—dijo otro *liguero*;—

la teoría es muy sabia y quien así piensa es digno de todas mis alabanzas.

Pero esa noble teoría, ¡ah, señores! en la práctica es imposible que nadie se determine á aceptarla.

—Mi teoría es absoluta y en cualquiera circunstancia tiene aplicación.

—A veces

es preciso rechazarla, á menos que haya quien quiera que se le escupa á la cara.

—¿Por qué?

—Porque supongamos que usted tiene la desgracia de que su amable consorte cometa un día la infamia de fugarse en compañía de un amigo...

—¡Esas palabras!...

—Le advierto que hablo en hipótesis.

—Pues mi dignidad rechaza las hipótesis que ofenden el limpio honor de una dama! —¡Caballero!...

—¡Señor mío!

—Yo no tolero amenazas de nadie!

—Pues si de todo lo dicho no se retracta, sin salir de este recinto le exigiré á usted inmediata explicación.

—Yo le juro

que no me negaré á dárselas. —Pues entonces, ¡nos veremos! —Cuando usted guste.

—¡Armas!

—¡Armas!

Y no obstante las doctrinas que uno y otro sustentaron para combatir la guerra, que es una costumbre bárbara, los dos ilustres *ligueros*, faltando á lo que Dios manda, en unión de dos amigos, fueron á romperse el alma.

Lo cual prueba que la guerra, no obstante ser inhumana, como se vé, en ocasiones resulta que es necesaria.

MANUEL SORIANO

DRAMA ROMANTICO

Los ilustres escritores Enrique López Alarcón y Ramón de Godoy, acaban de publicar en un tomo editado por *La novela de bolsillo*, su drama romántico, *La Tizona*, que fué estrenado con gran éxito en Buenos Aires por la Compañía de Francisco Morano.

El vibrante y castizo lenguaje de los antiguos castellanos, que tan bien dominan los autores de *La Tizona*, campea en todos los pasajes de la obra, cuya versificación es primorosísima.

Esta obra, que de fijo obtendrá un éxito tan grande como en la época de su estreno, se vende en las librerías al precio de 3,50.